

ESTADOS GENERALES DEL PSICOANALISIS

Sociedad y crueldad

Fernando Ulloa

diciembre de 1999

Este tema tan complejo, tan arduo, de la crueldad y además tan cotidiano, es asunto obscuro y no fácil de exponer, entre otras cosas por lo que señalo. En general, me resulta fácil la tarea cuando hablo de la crueldad y como analista interesado en el campo de la salud mental, lo que me permite ajustarme a un código más específico que cuando debo hacerlo, como en la ocasión, ante un público procedente de otros campos. Empezaré por presentar una primera contradicción que plantea la crueldad, en tanto flagelo que acompaña al hombre desde el inicio de la civilización. Un acompañamiento paradójico, ya que a lo largo de la civilización la humanidad siempre ha tratado de acotar la expresión instintiva de la agresión tratando de consolidar los derechos de los individuos y de los pueblos. Pero es obvio que la civilización ha ido sofisticando al mismo tiempo, los dispositivos socioculturales necesarios para el despliegue de la crueldad. Insistiré en que la crueldad siempre implica un dispositivo sociocultural. En esto hay una diferencia sustancial con la agresión, herencia instintiva del hombre. El instinto no es de por sí cruel. Está sujeto a la ley de la sobrevivencia y por eso puede llegar a ser feroz, pero no cruel. El paradigma del dispositivo de la crueldad, es la mesa de torturas; pero el accionar cruel no está acotado solamente al ámbito puntual del tormento, sino que debe estar sostenido por círculos concéntricos, logísticos, políticos, desde ya incluyendo a los beneficiarios de las políticas que se pretenden instaurar por el terror. En cambio, la agresión de dos automovilistas que chocan en la esquina y se agarran a trompadas, no es en sí cruel aunque pueda ser reprochable; llegaría a serlo, si frente a uno de ellos reducido a la invalidez, el otro se ensaña sin que nadie del público intervenga. Esto configura una situación típica del dispositivo de la crueldad al que habré de denominar "encerrona trágica", y que resulta el núcleo central de este dispositivo. Ésta encerrona cruel es una situación de dos lugares sin tercero de apelación -tercero de la ley- sólo la víctima y el victimario. Hay multitud de encerronas de esta naturaleza, dadas más allá de la atroz tortura. Ellas se configuran cada vez que alguien, para dejar de sufrir o para cubrir sus necesidades elementales de alimentos, de salud, de trabajo, etc., depende de alguien o algo que lo maltrata, sin que exista un terceridad que imponga la ley. Desde el punto de vista del psicoanálisis lo que predomina en esta situación no es la angustia, con todo lo terrible que esta puede llegar a ser, predomina algo más terrible aún que la angustia: el dolor psíquico, aquel que no tiene salida, ninguna luz al final del túnel. La angustia puede tener puntos culminantes pero también momentos de alivios, en cambio el dolor psíquico se mantiene constante en el tiempo. La salida parece identificarse con la muerte. Es que la crueldad siempre aparece estrechamente amarrada a la muerte, ya sea porque éste es su desenlace o porque la muerte ya está instalada en el mismo sujeto de la crueldad. Retomaré esta idea.

En los comienzos de la humanidad, próxima a los primates, la agresión era herramienta instintiva de sobrevivencia, pero lo específico del sujeto humano es la pulsión que de hecho convive con la atávica herencia instintiva. La civilización supone la prevalencia de lo pulsional sobre el nivel instintivo, sin que la agresión sea ajena a la pulsión. No obstante hay una diferencia sustancial entre ambos niveles: los dos parten de una fuente somática desde la cual el instinto irá en busca de un mismo objeto siempre por el mismo recorrido, en tanto que en la pulsión son posibles caminos y objetos alternativos. Por esto el instinto es de índole metonímico, mientras la pulsión

esboza la metáfora, anunciando el reino de la misma en la palabra. La palabra será el polo de la cultura como el instinto lo es de la natura. Entre ambos la pulsión hace bisagra.

El escenario donde el cachorro humano se va constituyendo sujeto pulsional es el de la ternura. Cuando se habla de la ternura, uno tiene la sensación de que, si bien es una idea valorada, la misma aparece dudosamente articulada sólo a lo blando del amor. Sin embargo la ternura es el escenario formidable donde el sujeto no sólo adquiere estado pulsional, sino condición ética. De ahí que hablar de la ternura en la Casa de las Madres, evocar la epopeya de estas mujeres de la Plaza, el momento en que surgieron y la lucha sostenida que mantienen, es un ejemplo de lo que representa la firmeza de la ternura en la organización y defensa de los valores éticos del sujeto social. Si la crueldad excluye al tercero de la ley, en la ternura éste tercero siempre resulta esencial, lo que no supone necesariamente una presencia concreta, ya que a lo largo de la civilización, esa terceridad se ha ido incorporando en la estructura psíquica del dador de la ternura, prevalentemente en la madre. Cuando esto no es así, puede que la ternura claudique. Es el tercero social el que acota la "libertad" pulsional del adulto y de ahí, el surgimiento, cuasi sublimado, de la ternura materna responsable de la pulsionalización del hijo. A su vez cabe insistir en que el nivel pulsional será límite al instinto. Una precaria pulsionalización, por fracaso de los suministros tiernos, tendrá como consecuencia la no represión instintiva, esa mermada herencia que acompaña la inmadurez biológica con que nace el niño. Mermada pero potencialmente activable si las condiciones son de sobrevida. Además si el nivel pulsional, es precario establecimiento, no sólo no marcará el límite con lo instintivo, sino que terminará "corrompiendo al instinto". Mucho se ha escrito en relación a ésto, acerca de la civilización y la barbarie, pero lo que aquí quiero rescatar es que la crueldad, así entendida, es patología de fronteras entre el instinto y lo pulsional entremezclados. Bastará la oportunidad del necesario dispositivo sociocultural, para que ésta mezcla bárbara advenga cruel.

Creo que debo decir algo más sobre la ternura para que lo anterior resulte más claro. Decir, que si la madre, ejerciendo los suministros tiernos, no sobre agrede, ni sobreexcita al niño, ésta coartación de su pulsión frente al hijo, no la hay con su compañero, tanto en el juego sexual como en la agresión, cuando la cosa llama a pelea. La coartación implica desde la perspectiva psicoanalítica –ya lo adelanté- cierta estación elemental de sublimación que dará origen a dos producciones ejes de la ternura. Por un lado la "empatía" que garantiza el suministro de lo necesario para el niño. La segunda producción es el "miramiento" en su significado de mirar con considerado interés, con afecto amoroso, a quien habiendo salido de las propias entrañas, es reconocido sujeto distinto y ajeno. Si la empatía garantiza los suministros necesarios a la vida, el miramiento promueve el gradual y largo desprendimiento de este sujeto hasta su condición autónoma. Es más, el miramiento acota la empatía para evitar sus abusos. La ternura supone tres suministros básicos: el abrigo, el alimento y el "buen trato". Después de pensar mucho acerca de cómo nombrar el afecto de ternura, terminé definiéndolo como buen trato, trato según arte, trato pertinente. Pero fundamentalmente un trato que alude a la donación simbólica de la madre hacia el niño. En la medida que la madre, y demás dadores de la ternura, desde la empatía y el miramiento, decodifican las necesidades traduciéndolas en satisfacción merced a los suministros adecuados, estas necesidades satisfechas, irán organizando un código comunicacional presidido por la palabra. El infante irá tomando palabra, construyendo una lengua. Por supuesto que buen trato alude al sentido generalizado de la ternura como referente al amor. Un buen trato del que derivan todos los "tratamientos" que el sujeto recibe a lo largo de la vida, en relación a la salud, la educación, el trabajo, de hecho al amor, etc.

Tal vez por todo lo anterior cada vez que tengo que enfrentar una actividad de derechos humanos: un peritaje, el tratamiento de una víctima directa o indirecta de la represión, quizá de la mortificación de la que luego hablaré, e incluso cuando debo escribir un texto teórico o hacer una transmisión como ésta, intento siempre establecer el telón de fondo de la ternura para confrontar y destacar nítidamente el insulto mayor de la crueldad.

Aludiré ahora, a la idea de "lo cruel", que luego retomaré más extensamente, como una manera de señalar que el entorno de la ternura es el ámbito de "lo familiar", palabra que por supuesto remite a familia. Sabido es que familia es un término que se las trae. Proviene de *famulus*, designando el conjunto de siervos y esclavos que pertenecían a un amo. La familia se fue perfeccionando, como concepto y como institución, merced a la ley del parentesco, una ley que alcanza a todos y en primer término a los padres, en tanto éstos no son arbitrarios hacedores de la ley, sino sus representantes. La ley también los involucra. De este ámbito surge la noción de lo familiar, algo dado incluso por fuera de la familia. Lo familiar puede ser descrito de muchas maneras, pero me interesa señalar aquella situación, donde bajo la impronta de la ternura, un sujeto no es solamente hechura de la cultura sino que es hacedor de la misma. Esto ocurre en la familia y en cualquier contexto que merezca definirse como familiar. Si el sujeto sólo es hechura de la cultura y no su hacedor, peligra como sujeto. Tal vez es objeto de una situación infamiliar. El paradigma de esto se da cuando un niño, ignorando explícitamente su situación, vive con sus apropiadores. Ahí se produce lo que denominaré "el efecto siniestro". Estos niños, poniendo en juego la formidable captación infantil, habrán de registrar, a través de vacilaciones y contradicciones, la naturaleza cruel del ámbito que los rodea. Un registro tan terrible que es rechazado, nunca con eficacia total, por el niño, produciéndose el efecto siniestro, equivalente a lo "infamiliar". "Secretear" lo que de por sí ya aparece como secreto, terminará siendo un secreto si no a voces, sí a murmullos. Una verdad murmurada que al mismo tiempo que se impone, se intenta recusar a través de la renegación. En psicoanálisis a este mecanismo se lo describe como negar y negar que se niega. Una verdadera amputación del aparato psíquico que configura uno de los riesgos mayores a que están sometidos los niños que han pasado años en ese entorno siniestro; en ellos puede instaurarse una renegación cronicada, creándoles serios problemas afectivos con la verdad, puesto que no sabiendo a qué atenerse, pueden terminar teniendo que atenerse a las consecuencias, antigua fórmula para definir la posición del idiota antes que esto constituya un insulto o un cuadro neuropsiquiátrico. Ésto se incrementa frente a un entorno infamiliar de naturaleza cruel.

Voy ahora, casi hablando esquemáticamente, a presentar las principales formas de la crueldad. En primer lugar aquello que un tanto paradójicamente, suelo denominar como vera-crueldad. Paradójicamente, porque si la palabra vera remite a verdad, resulta que el agente mayor de la crueldad, para el caso un torturador, es totalmente ajeno a la verdad. En la crueldad mayor, su ejecutor se abroquelaba en la pretensión de impunidad, en el desconocimiento de toda ley. Ya no se dan, al menos en forma rotunda, los efectos de la represión integral, tan extendidos hace pocos años, pero lo que no desapareció es la pretensión de impunidad de quienes cometieron crímenes o se beneficiaron en complicidad con ellos. Esta pretensión sigue instaurada como algo propio del sujeto maligno.

Diré algo más sobre la vera-crueldad, en cuanto saber canalla. Cada vez que algún saber o alguna cultura distinta, amenazan con mover su precaria estructuración psíquica, el cruel despliega tres acciones: la exclusión de lo que considera distinto, el odio, y cuando puede la eliminación lisa y llana, no sólo del saber contradictorio, sino de quien lo sostiene. Este "saber eliminador"

pretende conocer toda la verdad acerca de la verdad, a ésto es lo que se llama saber canalla, negación de todo saber curioso atento a lo distinto, a lo extraño.

Existen otras formas de la vera-crueldad, por desgracia muy frecuentes en nuestros tiempos. En la vera-crueldad el sobreviviente, que ha atravesado un dispositivo social marcadamente cruel, apenas si sobrevive. La muerte ya está instalada en él y despojado de los recursos elementales de lo familiar: abrigo, alimento, buen trato, la única ética posible es la violencia, aunque escandalice esta extensión del término ética. Este sujeto sobreviviente ejemplifica lo que antes decía acerca de un nivel pulsional precariamente establecido, capaz de corromper este esbozo instintivo conque viene a la vida un sujeto humano. Esbozo instintivo que habrá de desarrollarse en función de la necesaria agresión para sobrevivir. Así pueden engendrarse sujetos muy semejantes al de la vera-crueldad, aunque con una diferencia con los descritos anteriormente. Al respecto recuerdo dos noticias leídas hace poco en el mismo periódico. Una hablaba de Chuky "el muñeco maldito". A los dieciocho años había cometido ocho muertes y a veces "mataba por matar". Páginas más adelante, y en la misma edición del periódico, otra noticia señalaba que en nuestro país, el cincuenta por ciento de los pobres son niños y el cincuenta por ciento de los niños son pobres. En este dispositivo social de la crueldad, pocas son las salidas, en todo caso siempre son arduas. Lo más "a mano" son las salidas de la delincuencia, incluso de formas más encubiertas de la misma, cuando estos sobrevivientes son reclutados para tareas de represión. Ésto sin olvidar que la gran mayoría de los que organizaron, se beneficiaron y ejecutaron la mayor crueldad en los tiempos de la dictadura militar, no provenían precisamente de sectores marginados, sino de los sectores marginadores. Algunos días después leí otra noticia policial; uno de estos sobrevivientes crueles, en acción delictiva, fue herido. Entonces dijo algo así: "no llamen a la ambulancia, quiero morir en la calle". No se trata de hacer héroes de estos personajes, pero hay que reconocer que su afirmación de morir en la ley de la calle, hace declinar en algo su impunidad. Se diría que él tiene alguna ley, distinta a la pretensión de absoluta impunidad conque se presenta la crueldad mayor. Es que el sobreviviente -y creo haberlo dicho- ya tiene la muerte instalada. Él va matando camino hacia su propia muerte. El destino pronto de estas personas es la cárcel o el cementerio.

Una tercera forma, más universal de la crueldad, que retomo, es "lo cruel". Aquí lo esencial de la crueldad aparece velado por el acostumbramiento. Se convive cotidianamente con lo cruel y muchas veces en connivencia, sobretodo cuando esta palabra, alude a ojos cerrados y aun a guiño cómplice. Si algo propio de la ternura es que vela la sexualidad, abriendo el campo del erotismo, y cuando ésto no ocurre la sexualidad puede llegar a la obscenidad, este velamiento no se justifica con la crueldad. Si el velo de la sexualidad deviene intimidad erótica, en la crueldad no hay nada que velar. Hay que develarla, evidenciarla. Cuando se vela la crueldad, cuando se hace cultura, cultura del acostumbramiento, es cuando aparece lo cruel con lo que se convive -como dije- en connivencia, llegando a configurar lo que denomino "la cultura de la mortificación" a la que me referiré muy brevemente. En esta cultura, el término mortificación no sólo remite a muerte, sino principalmente a mortecino, a apagado, a sujetos que no son hacedores de la cultura sino enrarecidas hechura de la misma, próximos a la posición del idiota que no sabe a qué atenerse. Podemos ver esta situación no ya en las masas más marginadas, sino en las que aún permanecen mortificadas y en el centro. En ellas impera, como decía antes, hablando del efecto siniestro, la renegación. ¿Qué se reniega en esa familia, en esa fábrica, en esa comunidad? En términos abarcativos, se reniega la intimidación como un elemento constante que se ha hecho costumbre. Una intimidación que forma parte de la cultura, no ya del fecundo "malestar de la cultura", del que nos habla el psicoanálisis, donde hay una tensión entre el sujeto hacedor y el

sujeto hechura de la cultura, una tensión entre el deseo singular y el compromiso solidario. Aquí el malestar de la cultura se ha trocado en cultura del malestar. Se reniega la intimidación y se convive con ella como un elemento "normalizado". Entonces, lo que retrocede es la intimidad, esa resonancia íntima necesaria para que cuando alguien expresa algo válido, tal vez en relación a la situación, encuentre resonancia en el otro, un interés no necesariamente coincidente, puede ser en disidencia. Esa resonancia, cuando existe, promueve respuestas que van creando una producción de inteligencia lúcida y colectiva. Así es posible el debate de ideas. En cambio en la intimidación, quien legítimamente tiene algo que alertar, algo que denunciar, suele encontrarse con un desierto de oídos sordos, entonces es posible que su discurso se degrade al de un predicador que siempre dice lo mismo sin ninguna eficacia. Por supuesto esa comunidad está atenta y predispuesta a los embaucadores electorales de turno, en tanto éstos tienen la astucia de decir a las gentes lo que necesitan escuchar, para acrecentar su renegación como espúreo refugio. Uno se pregunta ¿cómo puede ser que una comunidad tan mortificada, tan lastimada, no reaccione? Es que en estas condiciones la queja nunca arriba a protesta, más bien se apoya en las propias debilidades intentando despertar la piedad del opresor. No se afirma en las propias, tal vez endebles fuerzas, pero fuerzas al fin. En esa comunidad tampoco la infracción apunta a trasgresión. La infracción es ventajera, oportunista, a lo más se arregla con una multa o se presta a la coima. La trasgresión no es así, ella siempre funda algo: funda la teoría revolucionaria o la ruptura epistemológica, tal vez la toma de conciencia, o quizá funda la fiesta. En las comunidades mortificadas no hay tal acontecer ya que la gente acobardada pierde su valentía al mismo tiempo que su inteligencia. Pero sobre todo pierde el adueñamiento de su cuerpo y las patologías asténicas abundan anulando la acción. El cuerpo se ha hecho servil. En esas comunidades mortificadas cuando se trata, por ejemplo, de agrupaciones a cargo de la salud, una actividad que obliga a desarrollar pensamiento, con frecuencia he observado lo que terminé llamando el síndrome SIC, una sigla integrada por Saturación, Indiferenciación, Canibalismo. El ejemplo lo tomé de lo que acontece en una jaula de monos cuando hay demasiados congéneres. Entonces empiezan a devorarse canibalísticamente entre sí, sin ningún tipo de diferenciación, ya se trate de padres o de hijos, o cualquier otro congénere. El síndrome SIC, aplicado al contexto social, no necesariamente coincide con un exceso de personas, sino que habitualmente es disparado por la indiferenciación, ya que en la mortificación suele no haber normativas, sino que prevalece la anomia. Esa indiferenciación provocará una saturación de la actividad pensante que se hace indiscriminada; las ideas, los entusiasmos, los proyectos, resultan entremezclados devorándose unos a otros. Incluso puede ocurrir, con alguna frecuencia, una cosa curiosa: cuando se pretende instaurar un debate de ideas, so pretexto de denunciar la impunidad, y de manera no pertinente, pues no es esa la situación en juego, el debate tiende a juicio público. Sabido es que el juicio público pretende, cuando éste está validado por las circunstancias, denunciar la impunidad. Pero en esta ocasión lo que se denuncia son situaciones en general intrascendentes, apartadas de lo que verdaderamente interesa. Se diría que ahí reina el narcisismo de las pequeñas diferencias. La cosa puede pintar aun como juicio popular, aquel en que se busca no ya la denuncia, sino la sanción de la impunidad. Vale decir que en nombre de la impunidad se promueve grotescamente un acto impune. Por supuesto que el juicio público tiene su razón histórica de ser, y lo mismo vale para el juicio popular en ámbitos y en situaciones donde resulta un accionar legítimo, para una comunidad oprimida donde toda instancia jurídica ha dejado de existir. Pero en estos ámbitos a los que hago referencia se trata de una suerte de parodia grotesca, con efectos canibalísticos.

Voy a terminar señalando que cuando una acción, provenga de donde provenga (en todo caso yo hablo de mi trabajo como psicoanalista, que intenta abordar la numerosidad social) comienza a tener efectos positivos, suele ocurrir algo a tomar en cuenta. Siempre, en una situación mortificada, ésto es obvio, existe algún grado de represión. Entonces cuando la gente empieza a juntarse para discutir, a promover un verdadero debate de ideas, es posible que desde alguna instancia administrativa estos comportamientos sean calificados como delitos de asociación, por supuesto esta gente empieza a pensar y este pensamiento ya no tiene efectos canibalísticos, sino que son críticamente eficaces sobre el campo y sobre los propios discutidores, por lo que suelen merecer el tilde represivo de delito de opinión. Fácil es entender que cuando el cuerpo se recupera para la acción movilizadora, la condena será mayor aun, implicando la categorización de delito de movilización. Estas instancias represivas pueden serlo verdaderamente o quedar sólo en calificaciones administrativas; depende de qué tiempos corran.

Voy a dejar a aquí y espero un verdadero debate de ideas luego de los grupos de discusión que ustedes integran.

Respuesta general de Fernando Ulloa a los informes de cada uno de los ocho grupos:

Dudo entre empezar por el principio o por el final de lo que escuché. Es un poco arduo contestar en bloque a ocho informes. De cualquier manera tomé nota de un comentario que hicieron ustedes acerca de los riesgos de la ternura, y creo que ésto tiene importancia. Hace poco leí una frase, de un monje del siglo XII cuyo nombre Hugo Saint Víctor, aparece contrario al de Víctor Hugo, que entró en escena muchos siglos después. Este hombre decía lo siguiente: "Aquél que está aferrado a su tierra natal, aún es tierno". La frase continúa pero quiero aquí incluir un comentario diciendo que, tal vez en el período del noviciado de cualquier aprendizaje colectivo, aunque se sea veterano en la vida, este grupo funciona como la tierra natal, juegan las identificaciones con el resto de los compañeros que ayudan a sostenerse en una experiencia nueva. Eso cuando la actividad colectiva funciona bien. Es la parte tierna y necesaria en la evolución que alguien va haciendo en un oficio, en una capacitación colectiva. Agrega luego Hugo Saint Víctor: "pero aquél que hace de todo territorio propio territorio, ése es más firme". Al parecer este hombre está en condiciones de ir por el mundo jugando de local, aunque sea visitante. Él debe haber construido sus propias herramientas personales y domésticas para la práctica de su oficio. Esta es una idea que me resulta importante, me refiero a las herramientas personales y domésticas que se ajustan al estilo de cada uno. Son domésticas en el sentido que tienen la dignidad del domus, de un domicilio conceptual e ideológico de quien las posee. Claro que doméstico también remite a la idea servidumbre doméstica, algo que ocurre cuando las herramientas no están al servicio del dueño, sino el dueño al servicio de ellas. Y termina su idea el monje diciendo: "pero es perfecto aquel para quien todo el planeta es extraño". Y ésto sí que es importante; extrañar lo cotidiano, lo acostumbrado, lo obvio, para nuestro tema, extrañar la crueldad enmascarada como lo cruel, posibilita al sujeto eludir la renegación que idiotiza. Incluso frente a esto de la renegación: negar que se niega, es posibles otra vuelta de negación con sentido contrario: negarse a aceptar todo lo que niega, oculta, la realidad opresora. Así se define la idea de una utopía en sentido moderno, una utopía con tónica hoy. Cuando las Madres dicen: "Aparición con vida..." uno se pregunta: ¿Cómo aparición con vida? Claro que la frase se completa y con muchísima fuerza, y ello está implícito en la intención de la consigna. Es aparición con vida, o que nos digan quiénes los mataron, quiénes son los culpables y que se haga justicia. La utopía moderna, así definida, diría que es una utopía crítica, sostenedora del pensamiento crítico, que no solamente es eficaz en el campo en que opera, sino que es crítico con el propio titular que lo sostiene. En el pensamiento crítico no se trata de dos o muchos que "se

entienden", sino de dos o muchos que entienden "singular y deseantemente", por lo menos de entrada. La riqueza que aporta cada uno, corresponde a ser hechura y hacedor de la cultura. Es el camino para lograr acuerdos solidarios para el trabajo y para el placer.

También quiero contestar, siempre en forma general, algo en relación a lo opuesto al saber cruel. Este saber de la exclusión, el odio y el aniquilamiento. Lo opuesto es el saber curioso. Esa avidez de conocimiento frente a lo extraño. En el saber curioso también pueden identificarse esquemáticamente tres pasos, diría tres obstáculos. El primero es que frente a un conocimiento distinto tendemos cierta confusión, señal de que ha sido conmovido lo que hasta ese momento ha sido nuestro saber. El segundo obstáculo es la tentación de colonizar el saber del otro. Se escucharon dos o tres cosas y ya pretendemos apropiarnos, haber entendido todo, y es posible que quede afuera lo principal. Algo así como un diagnóstico prematuro a partir de alguna frase, de algún gesto, que tranquiliza a quien diagnostica, perdiendo la oportunidad de un nuevo conocimiento. Al respecto diré que un diagnóstico se lee, y en ese sentido el diagnóstico "sucede" como una continuación de algunos preconceptos que uno tiene, algo sucesivo del propio saber sin que un nuevo pronóstico que se abra. Incluyo la palabra pronóstico porque a estos no se los lee como a los diagnósticos, hay que construirlos. Es que los pronósticos no suceden en términos de sucesión, sino que acontecen en el sentido fuerte de fundar un linaje nuevo de conocimientos y del curso de los hechos. Esto del suceder y acontecer es interesante. El suceder legítimamente pertenece al pensamiento sistemático, donde a partir de algunos postulados previos se van deduciendo consecuencias. En cambio el acontecer es propio del pensamiento crítico que siempre tiene efectos a futuro. Ambos, el sistemático y el crítico, son legítimos y tienen su momento. En este sentido el tercer tiempo del pensamiento crítico, como tercer momento del saber curioso, coincide con la frase antes comentada planteando aquello del extrañamiento. De paso diré que no hay pensamiento crítico si no hay simultáneamente un proceder crítico. Los grupos que ustedes integran, si sostienen un funcionamiento de adecuada heterogeneidad, si no zozobra en el acostumbramiento, configuran un proceder crítico que hace posible la construcción de un pensamiento semejante.

A algunos de ustedes no les gustó la palabra sobreviviente. Yo diría que a los que no les gusta ser sobrevivientes es a aquellos que verdaderamente lo son. Aquí planteo el término en el sentido extremo: aquel que sobrevive a dispositivos socioculturales terriblemente crueles, en donde la marginación y la pobreza imperan. Hay otra manera de definir sobreviviente, tal vez más propia de los que estamos en una condición no marginada, pero que de hecho sufrimos directa, indirecta, o solidariamente, la situación. Aquí el término adquiere el sentido de vivir con sobresaltos si que llegue a ser un sobrevivir.

¿Cómo se forma el sujeto ético? me preguntan ustedes. Ésto es muy largo de responder, pero voy a intentar dos respuestas. Una sencilla y en el contexto de la ternura, que aun siendo un dispositivo ajustado a sus suministros, no todo es satisfacción, también hay frustración. Entonces este niño, objeto del buen trato, va sabiendo muy bien lo que lo gratifica y lo que lo daña. Este es el principio de la experiencia que lleva a saber cuándo uno mismo daña y cuándo no daña; una experiencia muy elemental, pero de hecho es la base, es la oportunidad, de que tal sujeto ético aparezca. Pero hablando de la ética debo decir, un tanto de pasada, algo más. En los tiempos que corren es común apelar a la ética, pero con frecuencia lo que está in mente del buen pensante, es una ética abstinentes, pasiva, limitada a no hacer el mal pero sin una verdadera acción activa frente a la impunidad, frente al daño, frente a la crueldad. Este es otro mérito de las Madres, aquí no hay solamente una ética abstinentes, la propuesta es otra.

Últimamente estoy trabajando en algo que ni siquiera mencioné durante la charla, porque me resultaría largo y complejo, me refiero al acontecer de la propia crueldad, que en términos psicoanalíticos llamaría, la metapsicología de la propia crueldad. Aquí ya no se trata de un dispositivo para la crueldad, sino de una disposición latente que forma parte de la estructura psíquica de todo sujeto. Se diría que en esa estructura existen puntos ciegos no advertidos por el propio sujeto, tal vez por aquello que decía Freud acerca de que nadie puede ir más allá de sus propios límites. La consecuencia de esa ceguera implica un aspecto común de crueldad, bajo la forma de indiferencia frente al sufrimiento ajeno. Ésto tiene particular importancia cuando se aplica, y esa es la intención de mi trabajo, a la propia práctica clínica del psicoanálisis. Cuando no se alcanza a advertir, por esos escotomas estructurales, una situación de sufrimiento se configura aquello de "matar con la indiferencia". A partir de esta indiferencia, por demás frecuente en nuestra práctica, intento un desarrollo que aquí debo dejar para otra ocasión pero que está profundamente entroncado con la constitución ética del sujeto psicoanalítico, y diría con la constitución ética en general.

Creo que ya contesté unas cuantas cosas, y lo hice inevitablemente a vuelo de pájaro, muchas otras quedan por fuera. Decían ustedes en algunos informes algo de lo que me siento honrado, decían que esta charla de hoy ha hecho puente con otros Seminarios de los que ustedes han tenido durante varios sábados. Hay una idea de los antropólogos que viene al caso, es lo que ellos llaman la "función entre". Se trata de una función que no desconociendo la diferencia del enfrente y diferente de dos personas, de dos posturas pensantes, logran puentear esta distancia con lo esencial, algo así como que el puente atraviesa el río pero no lo anula. Entonces es cierto que una operación de socialización no debe anular el enfrente y diferente, sino conservar lo singular de cada sujeto de modo que se vaya haciendo, más que un lazo, una trama social pensante. Esta diversidad, esta adecuada heterogeneidad es uno de los factores de eficacia y de construcción de pensamiento en un grupo como los que ustedes integran. De ésto se trata cuando hablamos del saber curioso. Complementaré lo anterior con una idea entorno al recinto como ámbito del debate. Estoy aludiendo a nuestro debate de ideas. Las paredes del recinto están trazadas por lo que se dice afuera y no adentro. Se trata de ampliar el recinto incluyendo, pertinentemente, lo que queda afuera. Ampliar el recinto es enriquecerlo acumulando una tensión suficiente para otra ampliación más importante aun, la de inscribir en la acción social la experiencia que cada uno va adquiriendo. Ésto es propicio a una ética no abstinentes.

Muchas gracias.

Para una metapsicología de la perelaboración

Fernando

Ulloa

febrero 2000

Me interesa señalar que si bien la perelaboración es un concepto psicoanalítico, teóricamente algo difuso, en realidad constituye uno de esos recursos curativos propios de la condición humana, previos al acontecer que marcó la irrupción del psicoanálisis.

La idea de perelaboración no queda abarcada por el concepto de elaboración. El prefijo per, tal como lo señala el diccionario de la Real Academia Española, y también los de otras lenguas, indica a la vez mayor intensidad de un proceso y, de manera menos explícita, lo que perdura en el tiempo, lo per-durable.

Es común aludir, algo ambiguamente, a la perelaboración como el proceso de cura que avanza aun cuando es difícil identificar un accionar interpretativo que lo impulse. En esos momentos pareciera que el tratamiento se ha estancado frente a la proximidad angustiante de un importante núcleo patógeno aún no nombrado. El apalabramiento asociativo del paciente, resultará entonces eficaz si le permite sutiles, casi imperceptibles, registros de nuevos conocimientos que acrecientan su saber acerca de sí mismo, mientras vacila ante ese temido núcleo patógeno. Este proceso puede formularse de la siguiente manera: "me doy cuenta que siempre supe lo que acabo de saber... para volver a olvidarlo". Un volver a olvidar por la recaptura de aquello que quizá fue entrevisto sólo fugazmente. Si lo reprimido, en la atemporalidad inconsciente, puede significarse como "eterno" -en tanto no envejece en su capacidad de promover síntomas- cuando pasa a manifestarse como "lo siempre sabido", es decir cuando ingresa a la tópica de la consciencia, aun por breves instantes, pierde la condición de "eternidad" para formar parte de la temporalidad consciente. En la consciencia el tiempo fluye como fluye el pensamiento, de ahí que al ser recapturado aquello que es vuelto a olvidar, este "olvido" se transforma, en el territorio de lo reprimido -usando libremente una expresión freudiana- en un "representante representativo" de la consciencia metafórica. Esta representación temporalizada, hace más permeable al territorio captor y lo torna más expresivo en relación a lo reprimido. Cabría interrogarse acerca de si la tópica de retorno, para lo recapturado, es sólo el preconsciente, cosa obvia, o también el inconsciente mismo, algo no descartable. Visto desde una perspectiva metapsicológica, lo anterior puede ubicarse como uno de los procesos íntimos de la perelaboración.

Para pensar con mayor precisión la idea de perelaboración, tal como se deduce de los escritos freudianos, es útil emparentarlo al concepto de trabajo psíquico, (el Durcharbeiten freudiano, el working-through en inglés, o en castellano trabajo-a-través-de ...) como el proceso por el cual el aparato psíquico elabora los estímulos perturbadores, cualquiera sea su origen. Entonces la perelaboración es el arduo y silencioso camino por el que se transfiere (transcurre) lo reprimido entre una y otra tópica del aparato psíquico. Un lento aproximarse, no ya hacia el núcleo reprimido, sino de este a la temerosa conciencia; produciendo aquel me doy cuenta que siempre...

Freud destaca que el incremento de la resistencia marca un momento culminante, en el proceso mayor del trabajo-a-través-de. Él señala que la perelaboración puede convertirse en una ardua tarea para el paciente, y en una prueba de paciencia para el analista, pero remarca que se trata de un momento de beneficiosos efectos alteradores para ambos y esto distingue al tratamiento psicoanalítico, de cualquier otro influjo subjetivo. Pienso que efectivamente son esos efectos, alteradores de las estructuras subjetivas, promovidos por la perelaboración, los que impulsan la cura en el paciente y la capacitación teórica-metodológica en el clínico; en esto se fundamenta la diferencia que el psicoanálisis tiene con cualquier otro quehacer psicoterapéutico alternativo.

Desde esta perspectiva la perelaboración corresponde a ese acontecer, inherente al funcionamiento mismo del aparato psíquico, como un proceso en cierta forma independiente – nunca del todo- del importante accionar interpretativo de la neurosis de transferencia.

No empleo al azar el término acontecer, sino que lo encuentro preciso para hablar del psicoanálisis como un proceder crítico. Sabido es que todo proceder crítico debe ser eficaz, en primer término, sobre quien sostiene la crítica. Así como el vocablo suceder connota lo que sucede a lo anterior, como secuencia de lo ya existente, algo propio del pensamiento deductivo que parte de propuesta previas, el término acontecer no se juega a lo ya existente, sino a los efectos promovidos a futuro inmediato o mediato. Esta idea se corresponde bastante ajustadamente a la producción de pensamiento crítico. Es que la clínica psicoanalítica es un proceder promotor de tal pensamiento.

Pero el acontecer que aquí más nos interesa es el que promueve que "lo inconsciente", aún no substantivado, tal lo destaca el artículo neutro lo, adjetivando inconsciente (estatuto que antes de Freud tenía este territorio del psiquismo), habrá de producir efectos que Freud advirtió y conceptualizó principalmente en su trabajo sobre sus sueños, durante su "propio análisis" (él diría autoanálisis) disparado a raíz de la muerte de su padre. Las lecturas sofocleanas sobre Edipo deben haberle servido como restos diurnos, como andamiaje de estos sueños. Es así que en la interpretación de propios y ajenos sueños, empezó a poner a punto el complejo edípico, como una teorización psicoanalítica nuclear, a la par que organizó las bases metodológicas del dispositivo clínico. Un dispositivo en que lo inconsciente fue produciendo psicoanálisis, es decir metapsicología, como reflejo mesurado -toda teoría lo es- de la desmesura inconsciente. Una teoría que a su vez habrá de volverse, clínica mediante, sobre aquello de lo cual es reflejo -vale decir lo inconsciente- adviniendo así el inconsciente freudiano. No pienso que el inconsciente es de Freud, o de ningún psicoanalista.. Más bien cabe pensar, que por efectos perelaborativos, el inconsciente se va articulando a la conciencia. Algo propio en quienes emprenden este personal apoderamiento, necesario a la condición psicoanalítica. Puede sí tener propietario el campo metapsicológico como reflejo teórico del inconsciente.

Lo dicho anteriormente acerca del imbricamiento entre inconsciente y psicoanálisis, operando uno sobre otro, permite pensar al psicoanálisis como un oficio próximo a los que pueden considerarse oficios básicos de la palabra, que forman legítimamente parte de la condición humana. Son oficios mucho más antiguos que el psicoanálisis, acompañaron siempre el proceso cultural. Hace un tiempo trabajé estas ideas en relación al tiempo y al aparato psíquico. El tiempo y el inconsciente siempre han promovido la curiosidad y la especulación desarrollando conocimientos. De inicio produjo pensamiento místico, esa impaciencia de la inteligencia frente a la inquietud del misterio. También nutrió la poética como un limitado reflejo de la desmesura y de lo invisible, entreviendo fugaces inspiraciones; esto vale para cualquier creación del arte. Bastante más tarde impulsó la cavilación que abre las conjeturas y las incredulidades filosóficas frente a los excesos de la mística y de la poética. Desde temprano el ingenio humano inventó herramientas para su trabajo y al experimentarlas fue haciendo observaciones que con los siglos avanzaron la racionalidad crítica, aproximando los procedimientos de la ciencia y la epistemología. Lenta y azarosamente, la humanidad procuró la organización política y económica, en general divorciada de lo anterior, desmintiendo tantas veces la racionalidad y los progresos alcanzados. El psicoanálisis puede ser ubicado como oficio, entre la filosofía y la epistemología, mas es posible que de acuerdo al estilo personal del analista éste llegue a tomar algo de la índole de los otros oficios. Todos estos quehaceres básicos, más antiguos que el psicoanálisis, están estrechamente ligados a la elaboración perelaborativa de la angustia frente a lo desconocido.

El psicoanálisis puede presentarse como una disciplina curiosa por muchas razones, pero básicamente por el lugar que ocupa en la capacitación de un analista la curiosidad, incluso cuando la culpa que la curiosidad provoca con referencia a lo sexual, puede ser camino para seguir avanzando acerca del conocimiento de sí mismo. Cura y curiosidad están estrechamente articuladas, siendo una función de la otra.

La curiosidad nos introduce en una última consideración acerca de la perelaboración y su relación con la creatividad, algo esencial en el proceso psicoanalítico. Un aforismo popular, aludiendo a la creatividad, sobre todo a la artística, atribuye un mínimo porcentaje a la inspiración y una máxima participación a la transpiración, en el trabajoso plasmar en obra, lo disparado por aquella inspiración. Se corresponde esto con algo propio del proceso creativo que siempre va desde lo más sutil y fugaz de la inspiración, hacia lo más denso, representado por lo hecho con arte, es decir el artefacto. Se trata de un verdadero trabajo "a-través-de..." distintos estados de consciencia, verdaderas estaciones psíquicas con antigua tradición en la cultura. El filósofo-lógico Wittgenstein se ocupó cuestionadora e inteligentemente de estos estados de consciencia. Ellos son la intuición (recordemos que la inspiración-intuición es porcentualmente breve y que luego comienza el esforzado trabajo), meditación, cavilación, reflexión y las diferentes circunstancias del habla, es decir del loquis, para arribar finalmente a las inscripciones que hacen obra. Cuando se trata de la escritura, habrá un verdadero trabajo perelaborativo podador de los excesos del loquis. Por ese camino de excesos y sobriedades se materializa una obra, que para ser de arte, deberá capturar, transportar y transparentar, la inicial y fugaz sutileza que la originó. El artefacto, tal vez una interpretación o quizá un texto metapsicológico, en tanto momento denso del proceso creativo, transparenta lo que desde la sutil inspiración transporta aumentando así las chances, para el que contempla, con los ojos o con los oídos, esas obras, acceda -si su percepción lo merece- a lo que entrevió el inspirado autor que pudo atravesar fugazmente la opacidad de lo real.

Sin duda el término clave aquí es contemplar. Curiosamente el más remoto antecedente que reconoce la idea de teoría alude a: decir acerca de lo contemplado en la escena teatral.

En el proceso psicoanalítico clínico, la escena a contemplar es la que el paciente despliega favorecido por el espacio que le crea la abstinencia del terapeuta, una escena de la que también se puede decir, acerca de lo que ahí acontece; decir con carácter de pensamiento teórico, primer esbozo que conceptualiza la práctica, que este es el sentido de una interpretación. Se trata de un decir conceptualizador acerca del otro, distinto al decir sobre sí mismo. A partir de ahí, y ya por fuera de la escena clínica, el analista y acaso también el analizante, tal vez inicien la transpirante tarea de la escritura, como un momento privilegiado de la clínica.

¿Qué es lo que impulsa ese segundo y arduo momento de la teorización? Lo impulsa, al menos en la escritura teórica psicoanalítica, aquello que puede considerarse como básico en la hechura de todo psicoanalista: la propia gravedad personal. Una gravedad que se despliega etimológicamente como la gravitación necesaria para sostener una transferencia, como fecunda gravidez creativa, como gravamen, inherente al precio que supone toda actitud ética. Finalmente el agravio de advertir, ahora con sentido patológico, la propia gravedad. Todos estos términos, emparentados etimológicamente, se corresponden a algo que va más allá de la noción de enfermedad aunque la incluye.

Escribí, a los veinte años de la muerte de Pichón Rivière, un texto que titulé: "Pichón Rivière, ¿es la propia gravedad la hechura de un psicoanalista?". De este texto extraeré, no literalmente, pasajes que ejemplifiquen algunas ideas, por ejemplo un episodio de la vida de Pichón Rivière,

significativo en mi propia formación psicoanalítica, en relación a la idea de contemplación como momento perelaborativo.

En ocasión de separarse de su primera mujer, Pichón Rivière fue a vivir a una casa que tenía un patio cubierto muy soleado. Para los que estudiábamos con él resultó sorprendente e incómodo, quizá con algo de siniestro, ver la amplia biblioteca que había circundado las paredes de su consultorio abandonado, transformada en una montaña de libros con sus laderas de desparramos. Un verdadero librerío para nada library, sino más bien un caos aproximando el sentimiento de lo real irrecuperable, donde parecía zozobrar tanta letra simbólica. Un día, durante un grupo de estudios, se dirigió al desorden, tomó al acaso uno, dos, tal vez tres libros, y los hojeó rápidamente. No era un libro especial el que buscaba, sino algo que nutriera la posibilidad de un enfoque distinto, tal vez rompiendo un bache de aburrimiento en la producción de estudio. Finalmente optó por uno del que leyó algunos pasajes, supongo que reconociendo antiguas lecturas. Es probable, no puedo asegurarlo, pero en mi recuerdo aquel libro contenía un poema de Keats. En todo caso fue por esos días que Pichón Rivière me introdujo en ese poeta. Se trata del poema titulado "De puntillas estaba", en el que su verso 23 condensa "Contemplé un instante". De ese poema dirá Cortázar, que en él queda situada "... la plenitud de la primera noche en que William Shakespeare acabó La Tempestad, (...) la noche en que Rilke sintió el tiempo cósmico rugir sobre su cabeza" .

Para mí ese es el momento en que el poeta entrevé en su contemplación la desmesura de lo real, la tentación de capturar algo de lo contemplado lo impulsa a un pensar repentino como primera forma de apoderamiento, produciendo una metáfora poética como forma perelaborativa del pensamiento. En el intento de capturar el tiempo cósmico que huye ante sus ojos, lo entrevisto desaparece no bien alcanza a dibujar aquel denso esbozo del "Contemplé un instante". La ambigüedad poética de Keats, fluctúa aquí entre la contemplación de un fragmento del tiempo real: ese instante, y la duración del instante. Una manzana metafórica que arrancada al árbol del saber, conlleva la expulsión del paraíso entrevisto, no bien se insinúa cierto conocimiento acerca del mismo. Comienza entonces el bíblico "ganarás el sustento con el sudor de tu frente". Es el precio que el hombre paga en su empeño por saber. Un impuesto ya contabilizado en el mito del paraíso.

UNA PERSPECTIVA PSICOANALÍTICA DE LA CRUELDAD

Fernando Octavio ULLOA

La crueldad implica siempre, en sus múltiples manifestaciones, un dispositivo socio-cultural que gira en torno a una **encerrona trágica**, situación ésta de dos lugares (víctima y victimario) sin tercero eficaz de apelación. Ésto la diferencia del instinto que cuando se expresa en la agresión, propia de la evolución de las especies y su lucha vital, no es dispositivo cruel. Un nivel pulsional precariamente establecido, no sólo no logra coartar al instinto (reprimirlo), sino que incluso puede corromperlo. En este sentido la crueldad es patología fronteriza que entremezcla, dentro de un dispositivo cultural que la hace posible, instinto no coartado con nivel pulsional precariamente establecido, (civilización y barbarie). La crueldad suele generarse a partir del fracaso de otro dispositivo, también cultural, el de la ternura. Éste es el escenario donde el "cachorro humano" adviene sujeto de la ética. Este fracaso primero no es ni irreversible ni única causal de crueldad; posteriores dispositivos socioculturales jugaran

sus efectos en uno u otro sentido. Cuatro formas de la crueldad son frecuentes: "**lo" cruel**, acostumbrada presencia con la que se convive, a veces en connivencia, **la vera crueldad** propia del atormentador y con su pretensión de impunidad, la crueldad del sobreviviente de la marginación social, capaz de desarrollar máxima crueldad mientras marcha matando hacia su propia muerte. Él no vive hasta la muerte, vive hacia la muerte. Finalmente no son ajenas a la crueldad **las inoculaciones siniestras en el superyo**, presentes, en calidad y grados distintos, en todo sujeto humano. Aquí **indiferencia**, frente a lo cruel, es la manifestación más frecuente, y el origen de una ética pasiva sólo limitada a no hacer el mal. A partir de este marco manifiesto intentaré, escuetamente, un abordaje metapsicológico de la crueldad como dispositivo latente en todo sujeto. Resultará algo curioso el recurso al que voy a apelar para introducir esta segunda perspectiva metapsicológica de la crueldad. Nos ayudará a dilucidar la cuestión una idea -por cierto bastante peregrina- de Ronald Fairbairn aquél antiguo psicoanalista escocés, que por cierto tenía una imaginación muy creativa cuando pensaba en escenas, para presentar sus propias ideas metapsicológicas, a veces bastante apartadas de la razonabilidad teórica, pero sin duda eficaces como demostraciones.

La idea que voy a presentar de este autor la leí hace más de treinta años sin asignarle ni entonces, ni durante todo este tiempo, demasiado valor teórico tal vez por los recaudos que formulé anteriormente. No obstante nunca la olvidé, lo cual siempre me llamó algo la atención. Voy a citarla de memoria, atento a cómo se fue organizando mi recuerdo. Aquél texto debería decir más o menos lo siguiente: Si un lactante, frente a la demora en los suministros necesarios a su vida, **podiera pensar, pensaría** a sus padres como incondicionalmente crueles ya que habiéndolo traído a la vida, lo matan con indiferente abandono. La única manera de hacer condicional esta incondicionalidad, dependería de la producción de otro **pensamiento** más o menos en estos términos: No es que ellos sean crueles, es que los odio y me castigan, si los amo viviré. Encuentro que esta imaginativa "construcción" aclara en algo aquel posible antecedente infantil propicio a la crueldad y quizás a su renegación.

Cuando Fairbairn **hace pensar** a un lactante, es posible que estuviera referido a sus primitivas vivencias, dando letra a huellas infantiles en una memoriosa resignificación. Así habría surgido en él ese saber acerca de lo que siempre "supo" por estar inscripto sin posible palabra. Al cabo de setenta años, la edad aproximada que tendría cuando escribió el texto, estaría finalmente poniendo palabras a aquellas vivencias que lo marcaron. Por mi parte mantuve latente durante décadas lo que ahora cobra el significado que aquí presento. Yo también debo estar asignando palabras donde no las había. Por aquélla época pensé que tal vez esta conjetura no era ajeno a lo que la escuela kleiniana, hablando precisamente de los primeros tiempos de vida,

llama las inoculaciones siniestras. Hoy diría que estas inoculaciones siniestras representan precisamente los puntos disposicionales hacia la crueldad de todo sujeto. No solamente aquellos reactivados en un dispositivo cruel, sino los puntos disposicionales de un superyo sádico. Tras ésta loca idea de un recién nacido pensando, se puede leer mucho más de lo que tal vez se propuso decir Fairbairn. Por ejemplo leer esa experiencia de vivir al gran Otro absoluto provisto de un poder incondicional capaz de condenar a muerte, desde la indiferencia, al infantil sujeto. Algo inscripto en éste como experiencia, aunque no siendo hablante no esté escrito como memoria. No me sorprende que Fairbairn, tan suelto en su capacidad descriptiva, y en la construcción de su propio campo metapsicológico, haya podido, muchos años antes que Lacan, por lo menos del Lacan lacaniano, formular con tanta claridad uno de los conceptos más ricos y modernos de la metapsicología psicoanalítica anticipando el Nombre del Padre. Existen otros remotos textos que van en la misma línea que sugiere Fairbairn. Ellos se refieren a otra infancia, la de la tradición judeo-cristiana. Es así que la Biblia alude al impronunciable nombre de Dios, aquel que entregó a Moisés las primeras tablas donde figuraba ese ilegible nombre. Cuando éste regresó a su pueblo, rompió con ira las tablas mientras ordenaba el total aniquilamiento de los idólatras desconocedores de su poder, aniquilamiento que alcanzaba a sus antecesores y a su descendencia. Un primer genocidio consignado bíblicamente. En las segundas tablas, ahora con letra -como si un Gran Analista se hubiera apiadado de Moisés y su pueblo pasible de su crueldad- ya figuraba el decálogo como ley del Padre. Bien pueden estos dos momentos míticos ilustrar aquello que Fairbairn hizo, y en cierta forma yo reitero, poniendo pensamiento, a futuro, en impensables -y a su manera ilegibles- propias experiencias iniciales en relación a la crueldad. Bien pueden ser aquellas primeras figuraciones, donde una maldad incondicional obliga a sometimiento, el origen de ese Señor de la vida y de la muerte, prefigurando en el inconsciente de los seres humanos, una deidad significada incondicionalmente cruel ante la que sólo resta el sacrificio como eje de toda religión. Es quehacer propio del psicoanálisis vaciar de tal significado de crueldad a estas inscripciones, abriendo la posibilidad de instaurar lo que entendemos por el Nombre del Padre. Un nuevo significante articulador de la ley, en primer término del lenguaje. El mito bíblico, como todo mito, constituye un lenguaje donde descifrar una verdad que apunte la necesaria valentía para no recusar, cuando ello es posible, el saber sobre la crueldad y sus efectos.

Para un psicoanalista resulta esencial despejar en sí mismos estos puntos ciegos; lo contrario supone el riesgo de una connivencia. Palabra que en español tiene el sentido de "ojos cerrados" y aún "guiño cómplice", con lo cruel. Esa forma, "lo cruel" neutralizada y latente de la crueldad, pronto hacerse activa, que tanto puede estar integrada en la cotidiana comunidad

como en la estructura de cualquier sujeto. La abstinencia psicoanalítica se degrada cuando es connivencia indiferente. Entonces puede aproximar aquel "matar con indiferente abandono" a un analizante. De ahí que resulte tan importante despejar esos puntos ciegos en nosotros en tanto analistas.